

PERIÓDICO DE LA INFANCIA,

DIRIGIDO

por Don César de Equilaz y Bengoechea,

SECRETARIO DE LA ESCUELA NORMAL CENTRAL DEL REINO.

CARTAS A LOS NIÑOS

SOBRE EL NUEVO TESTAMENTO.

CARTA SEXTA.

HISTORIA DE LOS PATRIARCAS.

No habreis olvidado, mis queridos niños, el nombre de aquel que Dios escogió para ser el padre de su pueblo. El Señor ordenó, pues, á Abrahan que dejase su país y marchase á la tierra de Canaan, prometiéndole que daría esta á sus descendientes. Abrahan, muy reconocido á Dios por haberle elejido, le obedeció en seguida; dejó su país, la casa de su padre y marchó al lugar que el Señor le habia señalado. Poseía numerosos rebaños; era tan rico como un rey y tenia muchos servidores y sirvientes. Creeréis, quizás que habitaba un soberbio palacio; pero no, queridos niños, moraba con todos los suyos debajo de una especie de tiendas de campaña, á fin de demostrar que esperaba las órdenes del Señor y que estaba siempre dispuesto á partir. Así que el Señor le mandó cambiar de sitio plegó las tiendas, colocó los bagages sobre los camellos, y se puso en camino con sus servidores y sus rebaños y se detuvo en el sitio que Dios le habia señalado, estando siempre como un viajero en este país del cual Dios hechó más tarde á sus habitantes para dárselo á sus hijos.—Este santo patriarca debe servirnos de modelo, mis queridos amigos; es preciso obedecer á Dios en seguida co-

mo él y hacer todo lo que nos pida. Nuestro verdadero país es el cielo que Dios quiere darnos después de nuestra muerte; para conseguirlo es necesario estar siempre dispuestos á cumplir sus órdenes como Abrahan, que plegó su tienda tan pronto como el Señor hubo hablado. Entónces, queridos niños, el día que Dios nos llame á su lado, dejaremos sin pesar la tierra para ir á habitar en su reino.

Abrahan tuvo un hijo llamado Isaac, que fué bueno y piadoso como él. Deseando el Señor probar la fé de aquel le mandó sacrificar el hijo á quien tanto queria; pero le detuvo al punto en que obediente á su mandato le iba á degollar. Isaac vivió como Abrahan debajo de las tiendas, marchando á donde Dios le conducía. Tuvo dos hijos Esau y Jacob: el Señor escogió á Jacob á causa de su dulzura y le hizo de nuevo la promesa de bendecirle y de hacer salir de su raza el Salvador. Jacob habitó el país de Canaan, como Isaac y Abrahan, no poseyendo tierras ni casas. Jacob tuvo doce hijos. He aquí sus nombres: Ruben, Simeon, Levi, Judá, Dan, Neftali, Gad, Asser, Isacar, Zabulon, José y Benjamin, que fué su último hijo. Estos son los doce patriarcas, padres de las tribus que compusieron el pueblo de Israel.

José y Benjamin, muy dóciles y obedientes, eran tiernamente queridos de Jacob; pero los otros hijos le habian dado con frecuencia muchos pesares con su conducta.

En la carta siguiente os contaré la historia del buen José, á quien Dios amó y colmó de bendiciones. Es muy bonita, mis queridos niños esta historia, y yo me acuerdo todavía mu-

cho de lo contento que me ponía, cuando á vuestra edad, mi bondadosa y querida madre teniéndome sobre sus rodillas, me contaba la historia de José para recompensarme por haber sido obediente.

LEYENDAS MORALES,

escritas para los niños

POR

DON JOSÉ MARIA PONTES.

CONTRASTES DE LA EDUCACION.

(Continuacion.)

—Adolfo no hizo caso al principio, pero temeroso de que el otro inventara una mala jugada;

—¿Qué quieres? le preguntó, sin apartar la vista del libro.

—¿Está el padre Ambrosio?

—No.

—Pues vente á jugar, que nos vamos á divertir mucho.

—Ahora no puedo, dijo Adolfo.

—Bastante has estudiado ya.

—No, no, que si doy mal las lecciones, mi maestro me contará el cuento del niño desaplicado á quien nadie quería.

—Miren que tonto!... Escucha; ahora no está el padre Ambrosio, de modo que no te puede ver. Sales sin que lo sienta la vieja de tu criada, jugamos un rato con una cosa muy bonita que tengo y antes que vuelva el padre cojes los libros otra vez.

El hijo de D. Simon, ó Ceferino por otro nombre, faltó como de costumbre al mandamiento que prohíbe la mentira; no tenía cosa bonita ni fea, y solo trató, con semejante medio, de atraer más fácilmente al estudioso niño.

Digamos cuatro palabras de Ceferino, ya que le tenemos en escena.

Educado, ó mejor dicho, criado con ese mimo que de todo tiene menos de racional, poseía cuantos vicios hacen del niño de doce años un ente insoportable.

Le irritaba la más insignificante contrariedad, y era caprichoso, embustero, desobediente y le ahogaba la soberbia.

Sus padres le hicieron creer que era el más rico de la comarca, con lo que trataba á todo el mundo con el mayor desprecio. En una palabra, el niño Ceferino era juguete de los defectos inherentes á una perversa educacion.

En varias ocasiones habia procurado que Adolfo le acompañase en sus malas travesuras, pero Adolfo supo hacer frente á las sugestiones de tan pernicioso vecino, merced á los consejos y á la sabia direccion del padre Ambrosio.

Ceferino redobló esta vez sus esfuerzos para apartar del estudio á nuestro candoroso niño, y ta-

les cosas inventó y dijo, que Adolfo tuvo un momento de vacilacion.

—Si, jugaremos un poco, dijo al fin el estudiante. Y se levantó con ánimo de salir á la calle, á la vez que, sin advertirlo, cerraba el libro por la página donde habia escrito el nombre de su padre.

Como impulsado por una fuerza irresistible, Adolfo fijó alternativamente su vista en este nombre y en el retrato de su madre.

Aquel nombre y aquel retrato le produjeron una saludable y profunda reaccion: rojo de vergüenza y arrasados de lágrimas sus ojos, exclamó con acento decidido.

—Márchate, que no me muevo de aquí.

Ceferino irritado, no insistió más; y ya que no pudo arrojar á la cara de Adolfo un puñado de arena—pues con tan siniestra intencion le llamaba,—hirióle con una piedra que lanzó por la ventana, huyendo después á su casa.

La honrada Ana acudió al llanto del maltratado Adolfo, y al verle la cara llena de sangre, su indignacion no tuvo límites.

Lavó la herida con agua y unas gotas de arnica, y en el entretanto preguntaba con la mayor premura por el nombre del autor de aquella fechoría.

Nada declaró Adolfo al principio; pero como su interlocutora siguiera en su empeño de averiguarlo todo y en su arrebató le amenazase con el padre Ambrosio, el niño dijo al fin:

—Ha sido Ceferino.

Ana, libre en este momento de aquella ocupacion, pues acababa de hacer el último nudo con los ataderos del vendaje, lanzóse á la calle sin otro afán que dar vuelta y media al vecino y toda su familia y decirles cuántas eran cinco; pero se lo impidió la llegada de su venerable amo que triste y cubierto de sudor el rostro, ponía el pié en la grada de la puerta en aquel instante.

—Lo sé todo, dijo el anciano pasando adelante, pero manifestando alguna intranquilidad.

El padre Ambrosio vió á Ceferino correr hacia su casa después de arrojar algo á la estancia de Adolfo; oyó el llanto de este y los gritos de Ana: no necesitaba, pues, otras esplicaciones.

Adolfo se echó llorando en los brazos de su querido maestro.

El sacerdote, después de convencerse de que la herida no merecia otros cuidados y de besar cariñosamente al niño, descansó unos momentos y enseguida se fué á celebrar el santo sacrificio de la misa.

CAPITULO IV.

LO QUE PUEDE RESULTAR DE UNA MALA EDUCACION.

Nada de particular ocurrió en el resto del día á que se refieren los acontecimientos que hemos relatado, como no sea que los padres de Ceferino le encerraron al saber lo que habia hecho sin renirle apénas y diciendo cuando aún podia oírles.

—¿Qué travieso es!

Los actos en los cuales el corazón de un niño se manifiesta sin ocultar los sentimientos que le animan, dan una cabal medida de la buena ó mala educacion que ha recibido.

Ceferino es una desgraciada victima de esa educacion infame que comienza por engreir á los niños y concluye por hacerles insoportables á todo el mundo; si es que de falta en falta al principio y de crimen en crimen después, no terminan su fatal carrera en un presidio perpétuo ó tal vez en el patíbulo.

El mimo desmedido que desde muy pequeño le prodigaron y la satisfaccion inmediata de todos sus caprichos, le hicieron voluntarioso hasta el extremo de ponerle enfermo la más insignificante negativa.

Lo muy poco bueno que hacia era siempre inmoderadamente aplaudido.

En cambio sus obcecados padres encontraban con sobrada facilidad el medio de disculpar las malas tendencias de Ceferino, por cuya razon, apenas podian contar, no ya con la amistad de la gente honrada, pero ni aun con las consideraciones que la política y la moral señalan entre enemigos.

Don Simon no permitió que su hijo frecuentara la escuela donde los niños del caserío recibian lecciones de un Maestro, porque estos niños eran pobres.

No pensó tampoco en que le educara el virtuoso sacerdote porque este dispensaba demasiado cariño á Adolfo.

A Ceferino, pues, se le rodeó de cuantos vicios constituyen la carcoma de la sociedad, de la familia del individuo mismo; es decir, se le enseñó el camino del crimen, sin que jamás se le hiciera conocer la plácida tranquilidad de un alma virtuosa.

¡Qué tremenda responsabilidad la de aquellos padres! Por lo que á ellos toca no hacian, al obrar así, ménos que el que aprieta un dogal á su garganta.

La sociedad, por su parte, repele airada á un miembro tan corrompido.

El individuo, en fin, si la muerte no le alcanza en la flor de su vida, cuando siente sobre sí el desprecio universal, no viendo en derredor más que las tinieblas de un negro porvenir creado con el desenfreno de sus nunca reprimidas pasiones..... maldice al autor de tamañas desventuras, á aquel que siendo padre sólo en el nombre no pensó jamás en evitarle desgracias y futuros remordimientos.

(Se continuará.)

LOS PECADOS CAPITALES.

SOBERBIA.

¡Qué lastimeros gemidos
Aquí resuenan y allá,
Durante el día y la noche
En el campo y la ciudad,
Como los ayes confusos
De los que en tormento están,
Acaso inocentes siendo,
Dignos de gloria quizás?

Son víctimas que se ofrece
A sí misma, sin piedad,
La vil Soberbia que ingrata
Brilla en carroza triunfal.
Vedla cual cruza humillando

A la célica humildad:
Vedla cual pisa orgullosa
Rico palacio oriental.
Esclavos besan sus plantas,
Esclavos tiene detrás,
Esclavos su sueño arrullan,
Esclavos aire le dan.

A sus pies el mundo todo
Quisiera el mónstruo infernal:

El egoismo es su númen,
Es su dicha esclavizar.

Santo amor, alta nobleza,
Justicia, dulce amistad,
De su templo en los altares
Martirio atroz sufrirán.

Pobre juzga cuanto mira
Para su ambicion voraz:

Yo soy la Soberbia, dice,
¡Venid y sacrificad!

Mas ¡nó! tu trono insolente
Se desquicia sin cesar:

Tu inicuo reinado pasa
Para no volver jamás.

¿Nó oyes la voz salvadora
De la humana dignidad?

Su impulso al cedro pomposo
Con la yerba igualará.

Voz de mágico sonido
Que en el pecho del mortal

En letras de oro brillantes
Grabó la suma bondad.

Voz que nunca por completo
Ha cesado de vibrar:

Que resonó en el calvario
Con sublime majestad:

Que sin temor se adelanta,
Que retumba más y más,

¡Que de tu imperio maldito
Para siempre triunfará!

Mónstruo, contados tus días
Y tus momentos están.

Rompe tu cetro y corona,
¡Baja de tu trono ya!

Cuentos para los niños,

POR SEIMIT.

LA MOSCA.

(Conclusion.)

—¡Que no se encuentre satisfecho! exclamó Angelica; se sorprenderá y quedará encantado de encontrar en Vd., sin esperarlo, un artista de tanto mérito.»

Pero la madre de Angelica concibió alguna inquietud, recordando lo prevenido que estaba su marido en favor del pintor Gerard y lo que le gustaba su cuadro. El Sr. de Wert tuvo curiosidad de ver este; no se puede negar, dijo examinándole, que es efectivamente muy bello y no titubeó un instante en reconocer la superioridad del Sr. Gerard. El asunto de su cuadro es de aquellos que no hubiera yo podido jamás alcanzar. El hombre es la más noble de todas las criaturas que han salido de las manos del Todopoderoso, y por consiguiente es el objeto más elevado de que el arte puede ocuparse. Todos los demás seres, como las flores, los frutos, las mariposas, revelan sin duda su sabiduría y su bondad y son al mismo tiempo testimonio de su amor para nosotros; pero el hombre ha sido creado á la imágen de Dios y su origen es divino. No puedo, pues, hacer otra cosa, que retirarme respetuosamente y dejar el campo libre á un artista como el Sr. Gerard.» Dicho esto se puso á pasear por el salon y de repente exclamó: «Me ocurre una idea que podrá sorprender al Sr. de Bergheim y que quizás haga que se realicen mis votos. Como Vds. han visto en mis pequeños cuadros, me he ejercitado en pintar no sólo flores y frutas, sino también insectos, y si mis amigos no me han adulado mucho, he adquirido en este género una rara habilidad. No he olvidado que el Sr. de Bergheim, se ha mostrado siempre enemigo encarnizado de las moscas: frecuentemente nos hemos chancado con él acerca de esto, sin que nunca se haya ofendido. Yo espero ser bastante diestro para pintar una mosca en un sitio cualquiera del cuadro del señor Gerard, la cual, lejos de estar fuera de su lugar, realzará todavía la belleza de aquel, viendo que estos pequeños parásitos, se sienten atraídos por una escudilla de leche. Pero es indispensable que la mosca esté perfectamente hecha, hasta el punto de que el Sr. de Bergheim se engañe y la tome por una mosca viva. Sé que el Sr. de Bergheim la mirará como un enemigo: yo la escojo como una amiga, que pedirá y obtendrá para mí la mano de la amable Angelica.»

La madre y la hija asintieron á esta estratagemá. Dejaron al señor de Wert sólo y este se puso á la obra. La mosca salió tan bien, que cuando Angelica fué á buscarle para comer, habiendo echado una mirada furtiva sobre el cuadro, creyó aunque estaba prevenida, percibir una verdadera mosca.

Al cabo de algunos dias, el padre llegó á una

hora avanzada de la tarde. No le dijeron una palabra del regreso del señor de Wert, que habitaba en casa de unos parientes que tenía en la ciudad. A la mañana siguiente, el pintor con bata y gorro, estaba trabajando en su caballete con mucha atención, cuando el señor de Wert acompañado de la señora de Bergheim y de Angelica entró en el salon.

El señor de Bergheim, le hizo una buena acogida, aunque su visita no le fuese de las más agradables. En el estado á que habian llegado sus relaciones con el pintor Gerard, á quien consideraba ya como á su yerno, temia ver un rival en el señor de Wert y que Angelica no experimentase repugnancia en darle su mano. El señor de Bergheim se apresuró, pues, á enseñar al señor de Wert el bonito cuadro que habia recibido de Gerard, para declararle, en el caso que apreciase sus bellezas como debian serlo, que no habia podido rehusar por yerno á un artista tan distinguido.

El baron se deshizo en elogios del cuadro, del que el señor de Bergheim habia tenido buen cuidado en señalarle todos los detalles. «No me confesais, le decia, que este pequeño grupo es de una belleza notable? Estos dos niños con sus risueños rostros y sus hermosas cabelleras rizadas, ¿no son dos verdaderos angelitos? Estas dos inocentes criaturas son tan dichosas, están tan contentas con su escudilla de leche que parece que no tienen nada más que desear en el mundo. Se creeria que quieran decirnos: vosotros gozariais de la misma dicha que nosotros, si no os atormentais con una multitud de cuidados inútiles. El resto del cuadro, tiene la misma perfeccion. Esta escudilla de arcilla con su brillante barniz, tiene más atractivo á mis ojos que si fuese de oro macizo. Hasta la cuchara de hierro que la niña lleva con lentitud y precaucion á la boca, para no verterla, tanto la ha llenado de leche, que.... aqui viendo á la mosca en el borde de la cuchara, se detuvo y gritó: «Eh, ¡eh! ¿qué haces tu aqui? ¿quién te ha llamado? Mas espera, que voy á ajustarte la cuenta! Y habiendo tomado su gorro procuró dos ó tres veces hacer partir á la mosca que no volaba sin embargo. «No quieres marcharte; ¡impertinente animal! gritó con impacencia; «pues bien, tú dejarás la piel en ese sitio.» Y al mismo tiempo aplicó un vigoroso golpe con el gorro sobre la mosca. «¡Cómo! continuó sorprendido, ¿no te has ido aun? ¡Todavía estás ahí!... ¡todavía!» Y la dió un segundo golpe mejor dirigido y mejor aplicado que el primero. «Puedes irte á todos los diablos! exclamó; ¿qué es esto pues?» Miró á la mosca más de cerca, la tocó con el dedo, sacudió la cabeza y se puso los anteojos. «Pero, verdaderamente, gritó lleno de sorpresa, ¡está pintada! ¡sobre mi palabra, está pintada! ¿Quién es el que ha hecho esto?

—Perdonad esta pequeña estratagemá, mi querido Sr. de Bergheim, respondió el Sr. de Wert. El deseo de seros agradable y de merecer la mano de Angelica, me ha sugerido la idea de estudiar la pintura y heme ya pintor. Si os he hecho de esto un misterio hasta ahora, ha sido porque no estaba seguro de conseguirlo. Ciertamente, yo hubiera hecho bajo vuestra direccion, progresos infinitamen-

te más rápidos, pero vistas las circunstancias, no podía ser así. Espero, sin embargo, poder presentaros muy pronto producciones de más importancia que esta bagatela.

El gozo del Sr. de Bergheim, igualaba á su sorpresa. Vamos, vamos, dijo, á continuar el examen de la mosca con los anteojos; que natural es la posición de sus pequeñas patas! ¡Qué verdad hay en esta pequeña trompa extendida y bebiendo en la cuchara la leche! ¡Qué delicadeza en estos matices de sus alitas! A pesar de todo mi encarnizamiento contra las moscas, debo hacer una excepción en favor de esta ¡Es una mosca magnífica! Así mi querido baron, nada tengo que decir contra el casamiento. No solamente habeis triunfado de la oposición que os habia hecho, sino que me habeis dado una prueba evidente de la sinceridad de vuestro cariño á mi hija. Nada debo ocultaros. Si os rehusé la mano de Angelica fué ménos por la consideración de que no erais pintor, que porque no os veia versado en alguna ciencia ó arte, que pudiera proporcionaros el sustento de vuestra familia. Desconfío de la fortuna, sobre todo en épocas de guerra como en la que nos hallamos; y yo creo que todo hombre, rico ó pobre, debe tener en sí mismo los medios para atender á su subsistencia. Estoy persuadido, además, que todo el que no tiene una ocupación útil no puede vivir contento ni dichoso, y que debe necesariamente sufrir mil miserias por el desórden y los vicios. Hé aquí como yo razonaba; al señor baron no le falta ni gusto, ni talento para la pintura; dibuja muy lindamente, aunque sólo por afición; así si él desea realmente obtener la mano de Angelica, de nadie más que de él depende el no ser muy pronto pintor.

No era conveniente que yo os dijese sin más ni más: Hacedos pintor. Me parece que no se puede exigir de un hombre, sobre todo si es de noble casa, que se ponga á estudiar la pintura. Este era sin embargo el voto de mi corazón y este voto lo habeis cumplido de la manera más satisfactoria para mí. ¡Oh mi querido hijo! y tú mi querida hija! ¡Que Dios os bendiga como vuestra madre y yo os bendecimos en este momento!

Las bodas del Sr. de Wert y de Angelica se celebraron en familia, y delante de un altar que tenia un cuadro que representaba las de María, obra maestra del Sr. de Bergheim, fué donde se dieron la mano de esposos.

La ceremonia fué seguida de una comida, durante la cual el Sr. de Bergheim, manifestó una alegría extraordinaria. «Hoy, dijo, todas las moscas, con condición sin embargo, que no sean muy importunas, son admitidas á tomar parte impunemente en el festín de la boda.»

La unión de los dos esposos, fué tan afortunada como podía serlo. El Sr. de Wert, se dedicó por completo, lo mismo que Angelica y el Sr. de Bergheim á la pintura; y este hermoso arte contribuía mucho á la dicha de que gozaban los cuatro. «Cuanto se ha embellecido mi existencia, decía con frecuencia el Sr. de Wert, desde que la aurora me llama al trabajo, mientras que ántes la primera dificultad que se me ofrecía, era cómo podría entretemerme para abreviar el día ó más bien para perder

el tiempo, que es lo más precioso que tenemos.»

El joven artista tuvo bien pronto ocasión de aplaudir bajo otro punto de vista, la prevision de su suegro. La fortuna del señor de Wert, cayó, á consecuencia de los acontecimientos militares, entre las manos de los enemigos y nada pudo aprovechar de ella, pero encontró un gran recurso en su talento para la pintura. «Teneis muchísima razón, decía frecuentemente al señor de Bergheim; la ciencia es más estimable que la fortuna, y una profesión cualquiera es para la vida un manantial de placeres y de goces de toda especie; mientras que una vida ociosa es una de las cargas más pesadas y desagradables.

—Se parece á la de las moscas, respondió el señor de Bergheim. El ocioso que no sabe más que pasear, beber, comer, adornarse, seguir sus caprichos, hacer el parásito, aturdir con su charla todos los oídos y ser fastidioso, no es en efecto.... más que una mosca importuna.

MARIA VIRGEN Y MARTIR.

La mejor de las madres tuvo la dicha de serlo del mejor de los hijos. María, la dulcísima, la pura, la Virgen María, concibiendo por la gracia del Espíritu Santo al hijo del Verbo encarnado en sus limpias entrañas, después de la anunciación del ángel Gabriel, y dando á luz en un pesebre aquel único vástago humano del Eterno, sirvió á la causa de los pecadores, contribuyendo á que se verificase su redención conforme al sagrado texto de las profecías.

Desarrollada en el corazón de María, la ternura de Madre en el grado extremo que bubo de inspirarla el serlo de tan excelso hijo, cumplió los altos deberes que le imponía la naturaleza y el servicio de Dios, con esa perfección suprema que sólo es dado sentir á un alma predestinada. ¿Y qué madre como María pudiera haber hecho tanto por el hijo de sus entrañas? ¿Qué amor de madre fué probado como el de María en el crisol de la amargura?

María dá á luz al Redentor, en un establo; más prestándole su calor, ayudada con el de la Divinidad, evita al sagrado infante, los peligrosos males que en aquel crudo invierno debieran haberle ocasionado los elementos; María salva al niño Jesús de la degollación de los inocentes, huyendo con él á Egipto en medio de las terribles zozobras y temores que aquella situación la inspiraba; María sufre la pérdida de su Divino hijo y no toma descanso en medio de su angustia, hasta tener la dicha de hallarle disputando con los doctores; María experimenta, en fin, uno á uno todos los acerbos dolores

de la pasión; con la prolongación intensa del inextinguible calor maternal; con el imponderable extremo de contemplar sufriendo al mejor de los hijos.

Si madre hubo que ganase por sus hechos el amor del hijo de sus entrañas, comparadla con María y vereis cuán atrás se queda en sus merecimientos; ningún dolor puede compararse con el dolor de la Virgen contemplando los padecimientos de aquel á quien había llevado nueve meses en el tabernáculo de su pureza: ningún amor puede colocarse en parangón con el que la inspiró Jesús y que la condujo á desplegar por su sostenimiento y dicha de los más asiduos cuidados arrojando los mayores peligros.

¡Pero cuán bien supo pagar el Divino Salvador tantos desvelos! ¡Cuán bien supo calmar los sufrimientos que las iniquidades de los hombres le habían hecho proporcionar á su cariñosa María! ¡Qué madre pudo envanecerse de poseer tal hijo? El era el orgullo del género humano y el lazo de unión que estrechaba la alianza del cielo con la tierra; pero siendo tan grande el Hijo de Dios, que llenaba el inmenso espacio de la creación y de la eternidad, jamás dejó de reconcentrar su cariño, su gratitud, su amor divino en la hija de los hombres, donde había tomado la carne y la circulación mortal, colmando la medida de los deseos maternos con la suavidad de sus caricias, con las expansiones de su ternura filial.

No, ningún hijo amó mejor á su madre; ninguna madre amó mejor á su hijo.

Hé aquí, pues, un modelo filial y maternal; madres, no le perdais de vista: hijos, imitad á Jesús.

J.

CHARADA.

La primera repetida
De un músico es apellido,
Que en una *prima* y *segunda*
Con sello y con sobre-escrito,
Me dirá, si lo pregunto,
Atento, cortés y fino,
Donde dirige su orquesta
Este próximo domingo.
La *tercera* y la *segunda*
Dicen que es un mal de ricos;
Si es así, no le tememos
Los que versos escribimos....
—El por qué sin gran trabajo

Puede adivinar el niño.—

Hágase *primera* y *tercia*

—Tenga en cuenta que es lo mismo—

Quien el todo acertar quiera

Lo que de las partes digo.

Porque el todo ya no existe;

Sólo existe un nombre altivo,

Que ocupa brillante página

De la historia en el gran libro.

Y un eco triste que nace

De los africanos riscos....

Un eco que prolongado

Dice así de siglo en siglo:

—Siendo princesa fenicia

Fué mi fundadora Dido:

Mi rival odiosa, Roma;

Mi gloria, Anibal, mis hijos;

Y Scipion el africano,

Mi destructor, mi castigo.

(La solución en el próximo número.)

CUADRUMANOS: EL ORANGUTAN.

Los mamíferos que más se aproximan al hombre por su estructura exterior é interior y sobre todo por la disposición de sus manos, cuyo pulgar puede oponerse á los otros dedos, forman el orden de los cuadrumanos. Su nombre proviene de que sus miembros inferiores están terminados por manos como los miembros superiores. En algunos las manos faltan en los miembros superiores pero nunca en los inferiores. A este orden pertenecen las diversas especies de monos, los macacos, los mandriles, los kumpezeis y el orangutan.

El orangutan es un mono del antiguo continente y que no se encuentra en el nuevo mundo; es originario de la isla de Borneo, de la China y del Africa. Como todos los monos del antiguo mundo, está privado de cola: cuando es pequeño tiene una gran semejanza con el hombre; pero esta semejanza se debilita á medida que el orangutan crece. Tiene la nariz muy aplastada, la boca enorme, la frente fugitiva, los ojos muy próximos, el labio superior muy elevado, las mandíbulas salientes, su vientre tiene un desarrollo considerable y sus miembros son delgados, sobre todo los superiores, que cuando se tiene derecho, como el

hombre, tocan en el suelo. Su talle puede llegar á dos metros. Su fuerza muscular es muy grande; se le ha visto algunas veces derribar al hombre más vigoroso. Se alimentan de frutas, de moluscos y también de peces que pesca con mucha destreza. Es susceptible de domesticarse y gracias el instinto de imitación que distingue á casi todos los animales de su género se ha llegado hasta hacerles útiles para ciertos servicios. Se ha visto á algunos monos adiestrados por pintores, moler los colores y á otros empleados en servir á la mesa.

Estos animales se crían difícilmente en Europa, sobre todo en las comarcas del Norte; mueren muy pronto de enfermedades del pecho.

Es probable que los faunos y los satiros de la mitología fuesen sencillamente monos, y que el imperfecto conocimiento de estos animales diese origen á las fábulas de aquella.

Solucion á la churada del número anterior.

Veo desde mi ventana
Reñir unos carboneros,
No por carbon ni dineros
Sino por una ROMANA.

ANDRES TORRENTE.

PROBLEMA.

Dejó un padre al morir á sus tres hijos,
A partir por igual, en limpio grano,
Y en papel y metálico y cortijos
Seis millones y medio. Cada hermano
Por el alma del padre gastó fijos
Mil escudos y un real, cual buen cristiano.
Que algun niño estudioso busque espero
Lo que en limpio heredó cada heredero.

(La solucion en el número siguiente.)

ESCUELA ELEMENTAL DE NIÑOS

DE LAS ROZAS (MADRID.)

Alumnos que más se han distinguido en la última semana.

Asignaturas.	Nombres de los niños.
Doctrina é Historia Sagrada.	{ Vito Gayoso. Federico Martinez. Francisco Benito.
Lectura.	{ Vito Gayoso. Federico Martinez. Saturnino Benito.
Escritura.	{ Cándido de la Cueva. Federico Martinez. Luis Bravo. Venancio Riaza.
Gramática y Ortografía.	{ Vito Gayoso. Saturnino Benito. Federico Martinez. Antero Lázaro. Gregorio de la Carrera.
Aritmética.	{ Vito Gayoso. Braulio Luengo. Federico Martinez. Cayetano Lázaro. Antero Lázaro. Francisco Benito.
Agricultura.	{ Federico Martinez. Vito Gayoso. Saturnino Benito.
Cuadro del sistema métrico.	{ Vito Gayoso. Federico Martinez.
Mapa de España y Portugal.	{ Vito Gayoso. Federico Martinez.
Láminas de Historia Sagrada.	{ Federico Martinez.
Puntualidad en la asistencia.	{ Gregorio de la Carrera. Alfonso Herranz.

COLEGIO DE 1.ª Y 2.ª ENSEÑANZA

DE SAN IGNACIO,

CALLE DE LEGANITOS, NÚMERO 4.

Clases generales.	Nombres de los alumnos.
Geografía é Historia.	{ D. Serafin Ripoll. José Uheda. José Trevilla. José Castro. Luis Gainza.

Clases generales.	Nombres de los alumnos.	POR HUMILDES.	
Aritmética, nociones de Geometría y Tablas. . .	Ramon Graña. Antonio Orio. Enrique Viñe. Serafin Ripoll. José Castro. José Ubeda. Perfecto Gomez.	Julian Estevez Alvarez, Pro Ortega. Roman Lopez. Victor Torres. Ceferino Rabada. Juan Gorgonio. Patricio Otero.	Antonio de la Plaza. Jesús Jimenez. Federico Gonzalez. Julian Carnicero. Francisco Bañon. Pedro Almazan.
Gramática castellana, ortografía y análisis. . . .	Viriato Manzanares Andrés Torrente. Serafin Ripoll. Carlos Zárate. José Carrion.	POR CALLADOS.	
Escritura de adorno. . .	Serafin Ripoll. José Ubeda. José Tevilla. Tomás García.	Felipe Diego Alcalá. Cecilio Aguado y Burgos. Gregorio de S. José. Francisco Lopez Serrano. Antonio Aparicio. Ramon Gilabert. Luis Fernandez.	Benito Higinio Vicente. Juan de Mata. José Aguado. Regino Hernandez. Celestino Alvarez. Dámaso Mecho. Ignacio Ardid.
Niños de la Escuela de párvulos ampliada del Hospicio y Colegio de Desamparados de esta corte, que figuran en el cuadro de honor de la misma por venir distinguiéndose hace algun tiempo con las cualidades siguientes:		POR DEVOTOS.	
POR OBEDIENTES.		Longino Domingo. Lorenzo Mauro. Fermin Manglanos. Mariano Tejada. Antonio Suarez.	Nicasio Manglanos. Sebastian Perez. Paulino Patron. Millan José Muñoz.
POR CARITATIVOS.		POR APLICADOS.	
José Barbon y Soler. Bonifacio de San Antonio. Francisco Lizándara. Venancio García. Ramon Castel. Vicente Caramelo.	José Diaz. Luis Leon. Antonio Alejandro. Aniceto Mariano Martinez. Ismael Solano. Ecequiel Alvarez.	Francisco Lizándara. § Lorenzo Manso. Nicolás Martinez. Eustaquio de San Antonio. Ignacio Ardid. Victor Vicente. Aurelio Rodriguez. Nicolás Gregorio Tirso. Paulino Patron.	Antonio N. Modesto de la Cruz. Ramon Sanchez. José Barbon y Soler. Eduardo Esquivias. Roman Lopez (ciego). Pedro A. S. P. Federico Gonzalez. Longino Domingo.
Nicolás Martinez. Gabriel Ruiz. Manuel Serrano y Fernandez. Modesto de la Cruz. Felipe Fernandez Zamora.	Santiago Meseguer. Zacarias Alejandrino. Antonio Suarez.—(Sordo-mudo.) Cándido de San Vicente. Diego Iniesta.—(1)	Madrid 18 de Setiembre de 1867.— El Profesor de la escuela, Juan de Macias y Juliá.	
POR ASEADOS.		DIRECTOR Y EDITOR, D. César de Eguílaz y Bengoechea.	
Ramon Sanchez. Eustasio Siro Régulo. Antonio de San José. Crispulo Lopez. Marcos Tamallo. Victor Vicente.	Mariano Oriseda. Nicolás Gregorio Tirso. Marcelino Fernandez. Julian San Miguel Gonzalez,	MADRID:—1867.	
(1) Hijo del desgraciado Iniesta.	IMPRENTA Y LIBRERÍA DE LOS HIJOS DE VAZQUEZ, calle de San Bernardo, núm. 17.		